

SEGUNDA PARTE.

La idea de Dios, Señores, es natural al hombre. No encontrareis un pueblo, por bárbaro y salvaje que sea, dijo Ciceron, que no haya tenido idea de un Dios, y no le haya rendido culto á su manera (1). Mas fácil os sería encontrar una ciudad en el aire, que un pueblo sin Dios y sin Religion (2). Esta idea, concluye San Agustin, no puede escapar á criatura alguna que use de razon (3). Por ello el ateismo, la negacion de Dios, ha sido mirada siempre como una aberracion del entendimiento, ó mejor aún, como una depravacion del corazon, que degrada y envilece al hombre.

Pero Dios es incomprendible para el hombre: su naturaleza, su esencia, sus perfecciones, exceden á la razon mas ilustrada. El átomo no puede abarcar en sí la inmensidad del espacio; menos el hombre abarcará á Dios en su inteligencia. Nunca sabrá definirle, si Dios mismo no le dicta su definicion: nunca le conocerá suficientemente y sin mezcla de error, si Dios mismo no se le ma-

(1) In hominibus nulla gens est, neque tam immansueta, neque tam fera, quæ non, etiamsi ignoret qualem habere Deum deceat, tamen habendum sciat. (Cicer., *De Leg.*, lib. 1.)

(2) Immo facilius duco ædificare posse sine solo urbem, quam posse civitatem cogi et subsistere, fide deorum sublata. (Plutarc., *Adv. Colot. Epic.*)

(3) Hæc est vis veræ divinitatis, ut creaturæ rationali jam ratione ulenti, non omnino ac penitus possit abscondi. (S. Aug., in Joann., tract. CVI, cap. 17.)

nifiesta (1); y aun manifestado y revelado, el hombre se verá precisado á decir: Creo, pero no comprendo. Dios no sería Dios si estuviese comprendido dentro de los estrechos límites de la inteligencia del hombre. Es decir, que la nocion verdadera y exacta de Dios, solo por la revelacion podemos tenerla (2). Solo así se impone á la vez á todas las inteligencias, por lo mismo que es superior á todas ellas, y porque Dios reviste su manifestacion de caracteres de verdad y de autoridad, que la hacen aceptable á la razon, y la disponen á que, fundada sobre ella, se ejercite en su esfera propia, desenvolviéndola en sus aplicaciones, que llevan la luz á todos los objetos.

No así los sistemas filosóficos que han pretendido explicar á Dios. No siendo mas que una concepcion del hombre, no han salido de los límites de la inteligencia; y lo que el hombre abarca no le satisface, porque le deja sin explicacion de otros misterios que le rodean, y que solo se explican con la verdadera idea de Dios. Por ello, ninguno de esos sistemas ha logrado el privilegio de la universalidad y de la perpetuidad. Han sido de cada siglo, de cada escuela, de cada filósofo. Ninguno de estos se ha satisfecho con la obra de su antecesor, y ha querido modificarla ó destruirla, ensalzando la suya, para verla caer bien pronto ante la de otro que se le opone para levantarse y caer. El Dios de Platon es insuficiente para Aristóteles, el de este difiere del de Pitágoras, que es distinto del de Crisipo, y este es otro que el de Herácli-

(1) Ad ea etiam, quæ de Deo ratione humana investigari possunt, necessarium fuit hominem instrui revelatione divina, quia veritas de Deo per rationem investigata, a paucis, et per longum tempus, et cum admixtione plurimorum errorum homini proveniret. (S. Thom., 1 p., q. 1, art. 1.)

(2) A Deo discendum est, quid de Deo intelligendum sit: quia non nisi se auctore cognoscitur. (S. Hilar., *De Trinit.*, lib. 5.)

to, distinto tambien del de Anaxágoras. Todos cayeron unos tras de otros, y el mundo los conoce. Los esfuerzos hechos para resucitarlos, ó para sustituirlos con otros, por Spinoza, Kant, Hegel, Krausse y demás escuelas modernas, enemigas de la revelacion, y autores de nuevas teorías é ideas de Dios, tendrán la misma suerte. Podrán satisfacer tal vez á sus inventores, porque halagan su orgullo, que se juzga creador; pero no dominarán al género humano, ni á un pueblo siquiera.

La inteligencia y el corazon no se aquietan con un ente ficticio, sino con un Dios verdadero, superior infinitamente á la razon, cuya grandeza incomprendible obligue á rendirle adoracion; un Dios que no les sea impuesto por otro hombre; un Dios que se revele á sí mismo; porque solo Dios puede revelarse y mostrar al hombre lo que es, puesto que él solo se conoce en cuanto es. El hombre podrá pedir pruebas de que Dios ha hablado y se ha revelado; pero dadas esas pruebas, dice San Hilario, no puede menos, si su razon no está extraviada, de creer á Dios que habla de sí mismo (1). Hé aquí el carácter de la fe católica, dice el mismo Voltaire (2). Esas pruebas existen, el mundo las ha pesado en la balanza de la razon, y convencido de su autoridad, ha aceptado al Dios de la revelacion, desterrando al de la filosofía y de la simple razon.

Y bien, Señores, ¿qué dice, qué enseña de Dios la revelacion en que se funda la fe católica? Dios es el que es (3), el sér por esencia, sustancia única, simplicísima, espiritual, infinita, inmutable y eterna. Dios es el infi-

(1) Recedat ergo omne infidelitatis ambiguum, quandoquidem qui auctor est muneris, ipse etiam testis est veritatis. (S. Hilar., *Serm. 5 de Pasch.*)

(2) Voltaire; Razon del Cristianismo; palabra *Aveux*.

(3) Exod. III, 14.

nito, el principio y fin de todas las cosas (1), la omnipotencia, la sabiduría y el amor esencial, la belleza, la bondad, la verdad eterna. Criador de todo en su poder, conservador de todo en su sabiduría, restaurador de todo en su amor. ¡Qué sublimidad, qué grandeza! ¿Repugna á la razon esta idea de Dios?

Ese Dios, uno en la esencia, es trino en personas. Unidad, Trinidad. Misterio que la razon no comprende, y sin el cual nada se comprende. Dios es la plenitud del sér; no puede faltarle la fecundidad, no puede faltarle el amor. Yo, que doy la facultad de engendrar, dice el Señor, ¿careceré de ella? (2) Dios se conoce á sí mismo, y este conocimiento, esta idea, esta imágen de Dios en su entendimiento, infinita como él, no es transitoria, es subsistente, eterna, sustancial; es la segunda persona en Dios, es el Hijo de Dios, engendrado en su seno entre los resplandores de su santidad (3). El Padre y el Hijo se ven, se conocen, se aman, y ese amor infinito, subsistente, eterno, es la aspiracion del Padre y del Hijo, es Dios, es el Espíritu Santo, y los tres son una sola esencia, un solo Dios. Misterio incomprendible, no hay duda. La unidad de la esencia y la Trinidad de las personas, es el gran misterio de la incomprendibilidad de Dios; pero la única cosa que podemos conocer bien de Dios, es que es incomprendible.

Tan inefable misterio tiene, sin embargo, una explicacion en nosotros mismos, así como sin él y sus consecuencias, el hombre es un enigma que no se explica. Dios dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y se-

(1) Apoc. I, 8.

(2) Isai. LXVI, 9.

(3) Psalm. CIX, 3.

mejanza.» (1) Primera revelacion del gran misterio. Dios dice, hagamos. Unidad y pluralidad: unidad en la esencia, pluralidad en las personas. El hombre, pues, dice San Agustin, es la imágen de la Trinidad. En él se halla un vestigio, un sello de este misterio. Dios es á un tiempo poder, razon y amor. El Padre es el todopoderoso: por el conocimiento de sí mismo engendra al Hijo, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por amor. El hombre lleva en sí esa imágen: es á un tiempo sér, razon y amor. Existe, se conoce, tiene idea de sí mismo, y la existencia y la inteligencia le hacen amarse á sí mismo, amar la existencia, amar la inteligencia. Solo que en el hombre, criatura imperfecta, el poder, la razon y el amor son facultades, pero facultades que no hacen mas que una sola alma, una sola vida y una sola naturaleza, las tres diferentes una de otra, pero unidas inseparablemente. En Dios, sér infinitamente perfecto, son personas verdaderas y subsistentes, pero no son sino una naturaleza, una esencia (2).

Hé aquí todo el misterio de la Trinidad. Bástanos saber que Dios nos lo ha revelado para que lo creamos sin vacilacion. ¿Y es posible dudar de esta revelacion? Des-

(1) Gen. I, 26.

(2) Vellem ut hæc tria cogitarent homines in se ipsis. Longe aliud sunt ista tria quam illa Trinitas.... Dico autem hæc tria, esse, nosce, velle. Sum enim, et novi, et volo: sum sciens et volens; et scio esse me et velle; et volo esse et scire. In his igitur tribus quam sit inseparabilis vita, et una vita, et una mens, et una essentia, quam denique inseparabilis distinctio et tamen distinctio, videat qui potest. (S. August. *Confess.*, lib. XIII, c. 11.) Manet trinitas, mens, amor, et notitia; et nulla commixtione confunditur; quamvis et singula sunt in semetipsis, et invicem tota in totis, sive singula in binis, sive bina in singulis: itaque omnia in omnibus.... Miro modo ista inseparabilia sunt a semetipsis, et tamen eorum singulum quodque substantia est, et simul omnia una substantia vel essentia, cum relative dicantur ad invicem. (Id., *De Trinit.*, lib. IX, cap. 5.)

de el Génesis al Apocalipsis, vemos una cadena de revelaciones mas ó menos explícitas, segun los tiempos y segun los designios de Dios. Por el Verbo del Señor se han afirmado los cielos, y del Espíritu de su boca toda la virtud de ellos (1). Yo he dicho: Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado (2); en ese hoy eterno, Señores, en que vive Dios. Yo te he engendrado de mí mismo, antes de brillar el astro de la mañana (3). Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una sola esencia (4). El Padre me ha enviado, y el Padre y yo somos una misma cosa (5). Yo voy al Padre, y él y yo os enviaremos al Espíritu Santo (6). Id, predicad, enseñad, bautizad en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (7). Así hablan, Señores, los Profetas, los Apóstoles, y el mismo Jesucristo.

Sabiendo ya que Jesucristo es Dios, y conociendo el misterio de Dios uno y trino, se nos abre el camino para conocer la grandeza de aquel. Escuchad al Apóstol de las revelaciones, al Evangelista de la divinidad de Jesucristo. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y nada de lo que existe se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas; pero estas no la comprendieron, aunque era y es la luz verdadera que ilumina á

(1) Psalm. XXXII, 6.

(2) Id. II, 7.

(3) Id. CIX, 3.

(4) I Joann. V, 7.

(5) Id. VIII, 16.—X, 30.

(6) Id. XVI, 5, 7.—XIV, 26.

(7) Matth. XXVII, 19.

todos los hombres que vienen á este mundo..... Y el Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros, y vimos su gloria, gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» (1) ¿Quién es ese, cuya gloria vió el Evangelista? Jesucristo, cuya historia empieza á relatar con esas palabras. Jesucristo, pues, es el Verbo hecho carne, el Verbo que era en el principio, que existe eternamente, y está en Dios, y es Dios. Basta, exclamaremos con un filósofo: todo está revelado. Sabemos lo bastante, conocemos ya á Jesucristo (2). Es el Hijo unigénito de Dios, dice el Símbolo de nuestra fe, nacido del Padre antes de todos los siglos, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien todo ha sido hecho (3).

¡Qué sublimidad, Señores! ¡Cuán grande es Jesucristo, Verbo de Dios, Hijo de Dios, Dios como el Padre, Criador de todas las cosas, vida y luz del hombre, salud del mundo! Al pronunciar su nombre, al contemplar sus humillaciones, al verle pequeño en el pesebre y espirando en la Cruz, al adorarle en ese Sacramento, ¿nos acompaña la idea de todo lo que él es? Y nada menos se necesita para que nuestra fe sea cual debe ser; nada menos se necesita para conocer á Jesucristo.

Es eterno. En el principio era el Verbo. Era ya, existía ya cuando principiaron las cosas criadas, y con ellas el tiempo. Su salida, exclama el Profeta, en los días de la eternidad (4): antes que fuesen criados los ángeles, antes que fuesen abiertos los abismos, y la tierra sacada de la nada, antes que el Omnipotente hubiese echado los cimientos de las montañas, antes de la luz, antes de

(1) Joan. I.

(2) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*.

(3) Symbol. Constantinop.

(4) Mich. V, 2.

toda la creacion, *era ya* el Verbo. Remontaos mas; añadid siglos sobre siglos, edades sobre edades, mundos sobre mundos, y desde esa altura inmensa mirad con San Juan hácia Jesucristo, y le vereis Verbo existente en el seno de Dios, y tan lejos de su origen en el punto en que comienza esa asombrosa duracion, como en el que la termina, porque sobrepasa á todos los tiempos. Hé aquí la eternidad de Jesucristo, Verbo de Dios. Existía, era ya al principio, y estaba en Dios; era el Hijo único en el seno del Padre; *Unigenitus in sinu Patris* (1).

Jesucristo es Hijo verdadero y natural de Dios. Dios es Padre. Si la fecundidad es la efusion de la plenitud, ¿podrá faltar á la naturaleza divina? Acaso, dice el Señor por el Profeta, ¿yo que doy la fecundidad, no la tendré en mí mismo? (2) La tiene, Señores, y esa fecundidad engendra al Hijo igual al Padre. Generacion misteriosa, clama el Profeta: ¿quién la explicará? (3) Ese Hijo de Dios se llama el Verbo, la palabra interior, la sabiduría, la imágen, la expresion perfecta de la sustancia de Dios. Es, como dice San Pablo, el rayo resplandeciente de la gloria del Padre (4). Ved ese rayo que es como el hijo del sol: sale de él sin disminuirle, sin separarse, sin esperar el progreso del tiempo. Si el sol fuese eterno, eterno sería su rayo (5). Así, dice Salomon, el Verbo es engendrado en el seno de Dios como la mas pura emanacion, como el vivo resplandor, como el rayo de su luz eterna (6). Es la palabra interior, el pen-

(1) Joann. I, 18.

(2) Isai. LXVI, 9.

(3) Id. LIII, 8.

(4) Hebr. I, 3.

(5) Bossuet, *Elevaciones*.

(6) Sap. VII, 25, 26.